

14-10-52

más

allá

(2.)



Agosto-Septiembre 1952

SUMARIO

PORTADA: "VENALUSANAS",
por J. L. Carrere.

CONCEPCIÓN DE LA POESÍA,
por F. Llanos Uceda.

LOPE DE VEGA Y GÓNGORA,
por Eduardo Ferrández Portal.

ANTE LAS COSAS, por Ramón
López Tamés.

LAS RUTAS DEL PROGRESO,
por B. Madariaga.

POEMAS.

EL PACIFISTA (cuento), por Tris-
tán Amo.

EL ALMA DEL PAISAJE, por
Soto del Carmen.

SOBRE LA NOVELA Y LOS NO-
VELISTAS, por S. Gómez Pinó.

COMO ANTES DE LA LUZ, por
El Joven de Praga.

DOMUND.

EL DON QUIJOTE DE LA BICI-
CLETA.

ESTANTERÍA

HUMOR.

Ferías

Si nos atenemos a la mera significación etimológica del vocablo, la palabra «feria» señala exclusivamente el descanso, la vacación o el recreo que una persona o una colectividad se toma en medio de sus múltiples y variadas ocupaciones ordinarias. De este modo «feria» es lo mismo que fiesta.

Históricamente hablando, las ferias, desde los tiempos más remotos, se celebraban, si de ciudades, regiones o pueblos se trataba, bajo la advocación y protección de algún ser que era o se tenía por sobrenatural. Los paganos bajo los auspicios de sus dioses, los cristianos bajo la protección de algún Santo.

No se concebía la celebración de las ferias sin culto religioso. Hasta el modo de celebrarlas formaba una especie de rito. Las ferias venían a ser verdaderas romerías en torno al templo o santuario famoso de la villa o de la región.

Naturalmente que los esparcimientos honestos eran en estas ferias permitidos. Y poco a poco se fué introduciendo la costumbre de aprovechar las romerías de las «ferias», el concurso de toda clase de gentes, para celebrar transacciones comerciales de géneros, víveres y bestias de labor o de recreo.

Insensiblemente estas transacciones, que fueran otrora meras adiciones o consecuencias de las «ferias», fueron adquiriendo importancia, hasta conseguirla tan absorbente, que eclipsaron primero a la fiesta religiosa y han llegado desgraciadamente en nuestros días hasta casi borrar su recuerdo.

Las «ferias» de Valladolid se llaman y tienen como patrono a San Mateo. De hecho han de incluir entre los dos extremos, el comienzo y el fin de ellas, la fiesta del Santo, que el calendario romano señala para el día 21 de septiembre.

¿Quién hay en Valladolid que, durante sus «ferias», se acuerde del Santo? Hasta hace muy poco no tenía el Santo en la ciudad y durante esos días ni el leve y corto obsequio de una misa celebrada en su honor. Creemos que actualmente se celebra calladamente y como a escondidas una misa rezada en el día del Santo.

¿No será ya hora, en este trance español de retorno a lo tradicional y católico, de volver a celebrar en grande la festividad del Patrono de las ferias con su misa solemne, su panegírico de campanillas y la asistencia de todo lo granado de nuestra ciudad, comenzando por la asistencia de nuestro Ayuntamiento?

En la festividad de San Isidro —fiesta del campo, concurso de arada, carrozas con mozas labradoras, etc.— se hace ya algo de esto. Un paso más y se logrará el bello objetivo de santificar las fiestas populares vallisoletanas a las que todos conocemos con el nombre de «ferias». Eso sería tornar a lo tradicional, a lo bueno, a lo cristiano, a lo católico, que es, gracias a Dios, el signo mejor de nuestros tiempos bajo la jefatura católica y españolísima de nuestro Caudillo Franco.

LAS RUTAS DEL PROGRESO

Por BENITO MADARIAGA

Es un hecho de observación vulgar, que el grado de rendimiento y economía de una nación, así como el de su mayor esplendor y prosperidad, está en relación con su importancia agrícola y ganadera.

Una rápida ojeada a la historia de los pueblos vemos que comprueba nuestra afirmación.

Sin ningún género de duda, la primera aportación de un animal a una nación, nos fué transmitida por la leyenda de la fundación de la ciudad de Cartago, en la que su extensión fué delimitada por la piel de un toro que la perspicaz «Dido» dividió en tiras finísimas que ocuparon un gran espacio de terreno.

La vida del hombre primitivo va li-

arenas milenarias que abrazan a las Pirámides.

No fué menos tampoco el pueblo Griego en el que su desarrollo Zootécnico va unido a las restantes manifestaciones de su cultura. Como relieve de la misma; citaremos los diversos personajes zoológicos que nos ha transmitido su literatura y entre los que descuellan «Amaltea», la cabra que amamantó a Júpiter; el «Minotauro» (mitad toro y mitad hombre); «Pegaso» (caballo alado); «Pan» (bufón de los dioses con aspecto de macho cabrío); así como los «Sátiros» y «Centauros» que juntamente con la leyenda del «Vello de oro» son una muestra del influjo de esta rama biológica con la historia de este pueblo privilegiado.

de cristal un jamón. Sobre el mármol hay una inscripción que dice: «Transeúntes». Mira lo que queda del cerdo que adquirió gloria imperecedera al descubrir las minas de sal de Luxemburgo! Parece ser que este cerdo al hozar en el suelo descubrió los famosos yacimientos de sal.

Durante la Edad Media, la voz «Caballero» pasó a la historia como poseedor de caballo; además de otras distinciones que elevaron por encima de las demás clases sociales.

La Montería y Cetrería fué distracción de nobles y reyes que tenían a sus servicios a los «Mariscales y Herradores» bajo las órdenes del Conde de Establo o «comes estabuli» de donde se deriva el nombre de Condestable.

Durante la colonización americana, con el fin de aliviar a los indígenas del oficio de cargadores; los españoles introdujimos en el país mulas, asnos y yeguas que facilitaron los transportes y fueron la base del florecimiento ganadero de América y cuyos restos forman el ganado cimarrón que en estado salvaje es corrido y vaquedo por los gauchos, figura legendaria de la América latina.

Modernamente; naciones como Estados Unidos; que hoy están a la cabeza del mundo; tuvieron un pasado en el que las luchas por la tierra; el ganado; el oro y el petróleo; ocupó uno de los capítulos más grandes de su historia.

Es digno de recordarse con este motivo; cuando tuvo lugar la primera repartición de tierras; en que una multitud de hombres y mujeres a una señal dada se lanzaban con una estaca y un trozo de trapo hacia las parcelas de terreno que luego el gobierno les adjudicaba como legítimos propietarios.

Todos hemos alguna vez leído una de esas narraciones que nos hablan de las famosas «Rutas Americanas» en que millares de cabezas de ganado atravesando desiertos y montañas; vadeando ríos y luchando a la vez contra toda clase de penalidades; trazaron con sus pezuñas estas vías que serpenteando caprichosamente se perdían en la interminable llanura.

Es de figurarse el espectáculo producido por una nube de polvo sofocante entre mujidos y un olor penetrante; emplazarse en estas áreas geográficas que formaron más tarde las principales vías de trashumancia de la nación.

De todas las «Rutas de la Unión»; las más famosas fueron las de «Oregón»; que fué una válvula de escape hacia los yacimientos auríferos de California para toda aquella oleada de hombres audaces que ocuparon los tiempos turbulentos de la nación americana. La de «Texas» que fué creada en busca de mercado; el exceso de carne del estado y la del «Cimarrón»; afluente del Arkansas; llamada también la «Ruta del Petróleo» por estar en la confluencia de estos dos ríos Oklahoma; uno de los estados más petrolíferos de la nación.

Hoy todo esto ya ha desaparecido; lo



gada también a la de los animales que usa como sustento y que le proporcionan sus pieles para vestirse; así como las restantes materias tan necesarias para su subsistencia. Fiel reflejo de esta penetración del hombre con los animales, nos lo señala el gran número de pinturas rupestres que en diversas partes de España y del mundo existen con representaciones animales.

El apogeo cultural de los pueblos, marca la pauta de un perfecto conocimiento de la domesticación.

Dos mil años antes de la Era Cristiana llegan los Arios a la India y fundan la cultura Aria; que todos los autores están de acuerdo en colocar como la primera que se sirvió de los animales domésticos.

Una de sus ramas formó la flor del Antiguo Imperio Persa, que si hemos de nacer caso a la historia, se caracterizó no sólo por sus apetencias de conquista; sino también por una extremada afición hacia los caballos.

La civilización egipcia tal como se ha podido estudiar por las inscripciones de sus templos y por sus numerosos escritos, tuvieron un profundo conocimiento de la agricultura y de la ganadería; como nos lo demuestra su mitología y algunos de sus monumentos que con representación animal quietos y silenciosos permanecen aún hoy día entre las

En Roma; las excelencias del ganado y el amor de los latinos a la vida pastoral; nos ha llegado a través de las páginas admirables de Virgilio, Varron y tantos otros escritores de la época.

Por no extendernos demasiado pasamos por alto a los israelitas y árabes, a los que la carne de cerdo les fué vedada como animal impuro; mientras que para los segundos el gato mereció la protección de su profeta.

No deja de llamar tampoco la atención; el hecho de que en los templos islámicos no exista entre la profusión de sus decorados ninguna representación animal; cosa que se explica por estarles prohibido por su religión...

Como testimonio de la estima que siempre se ha dado a los animales aun entre los pueblos salvajes; Darwin cita el caso de la «selección inconsciente» de que son objeto algunos de estos por los bárbaros habitantes de la Tierra del Fuego; que prefieren en las épocas de hambre; matar y devorar antes a las mujeres viejas de la tribu; que a los perros; a los que consideran de sumo valor.

En fin; como último ejemplo, presta atención a este otro caso que muestra la influencia que tuvo un animal en la riqueza de un país.

En la ciudad de Luxemburgo hay un monumento que conserva en una urna



DE "9 DE ABRIL" (V)

Y la tarde se nos iba
cabalgando.

— Eran los chopos
rubios apenas, tenían
el corazón en la mano —

Poco a poco se nos iba
la tarde por la vereda
de sí misma...

¡Oh, qué agonía!

Quise asirme a sus cabellos
para marcharme con ella
— con ella y contigo —, pero
la sombra interpuso — noche —
su cuerpo entre nuestros cuerpos.
Y mi mano levantada
se convirtió en un lucero,
pobre lucero ignorado.

EDUARDO FERRÁNDEZ

SI CON LA PAZ
DEL OLIVO...

¡Si con la paz del olivo
— ramita de olivo verde —
volviera el alma!...

Pero no. Se quedará,
sobre la luz de tus ojos,
jugando con tus pestañas.

ANTONIO MARÍA ROIG



DESENGAÑO

¿Soñar...? ¡Ya para qué...!
...Se me tronchó la flor que más quería
con el ala del cierzo...

Sólo me resta ya
un abismo de pena y de misterio...
(donde antes florecieron mis rosales
de ilusión y de ensueño)...

¿Soñar...? ¡Ya para qué...!
Con la mirada recta como la flecha
clavada en el azul del hondo cielo...
Arrojando la sal de mi existencia
por las fuentes de un llanto lastimero...
¡Y sin sueños ni encantos
seguir hacia adelante mi sendero...!

SOTO DEL CARMEN

mismo que los «tiros de mulas» y las «diligencias»; ante el constante progreso del mecanicismo que ha sustituido al semoviente animal.

España, coincidiendo con su siglo de Oro; irrumpió en el Continente con tres representaciones de ganado autóctono; el merino; el caballo andaluz y el toro de lidia. Nada hemos de decir de la influencia y hegemonía de nuestro ganado merino; ni de la fama de nuestros caballos y de su aportación a la creación de la equitación europea, así como del ganado que ha dado vida a nuestra fiesta nacional por ser de todos bien conocida.

Solo como conclusiones diremos que España también tuvo sus rutas de transhumancia que vinieron a representar

un constante conflicto entre agricultores y ganaderos en que la protección oficial abogaba por los últimos.

Como recuerdo histórico anotaremos; que el original de las vías pecuarias, parte de los tiempos más remotos; habiendo quien las fija desde los iberos. No obstante, es en el Fuero del Juzgo donde encontramos la primera cita sobre este privilegio que permitía trasladar el ganado en busca de mejores pastos. Las principales vías existentes en España; estaban formadas por el camino del Este o Manchego, el Central o Segoviano y el del Oeste o Leonés; siendo la anchura de la cañada de unos 75 metros y de 45 y 22,5 varas los de los cordeles y veredas; respectivamente.

Fué tal esta hegemonía ganadera que la cabaña trashumante llegó a ascender a unos dos millones y medio de carneros. Protegidos por las leyes, podían atravesar por donde quisieran, asofando a veces los campos entre las maldiciones de los labradores que veían aquella oleada devastadora como la ruina de su hacienda; siendo tal el abuso que de sus privilegios hicieron que un cronista de la época llegó a decir «que en Castilla las ovejas devoraban a los hombres».

Estos ganados sostenían a la vez las industrias más florecientes del reino, como eran las derivadas de la fabricación de paños; por lo que todos los reyes favorecieron con innumerables favores al llamado «Honrado Concejo de la Mesta».